

SERMON

DE LA TRANSFIGURACION

DEL SEÑOR

PREDICADO EN SORIA

POR

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS.

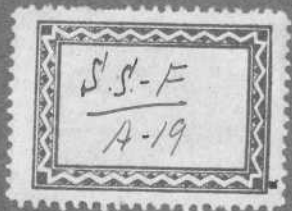
SORIA

Imprenta de Rioja

1888.



S.S.-F
A-19



B.P. de Soria



1057762

SS-F A-19

R. 9.654

SERMON

DE LA TRANSFIGURACION

DEL SEÑOR

PREDICADO EN SORIA

POR

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS.

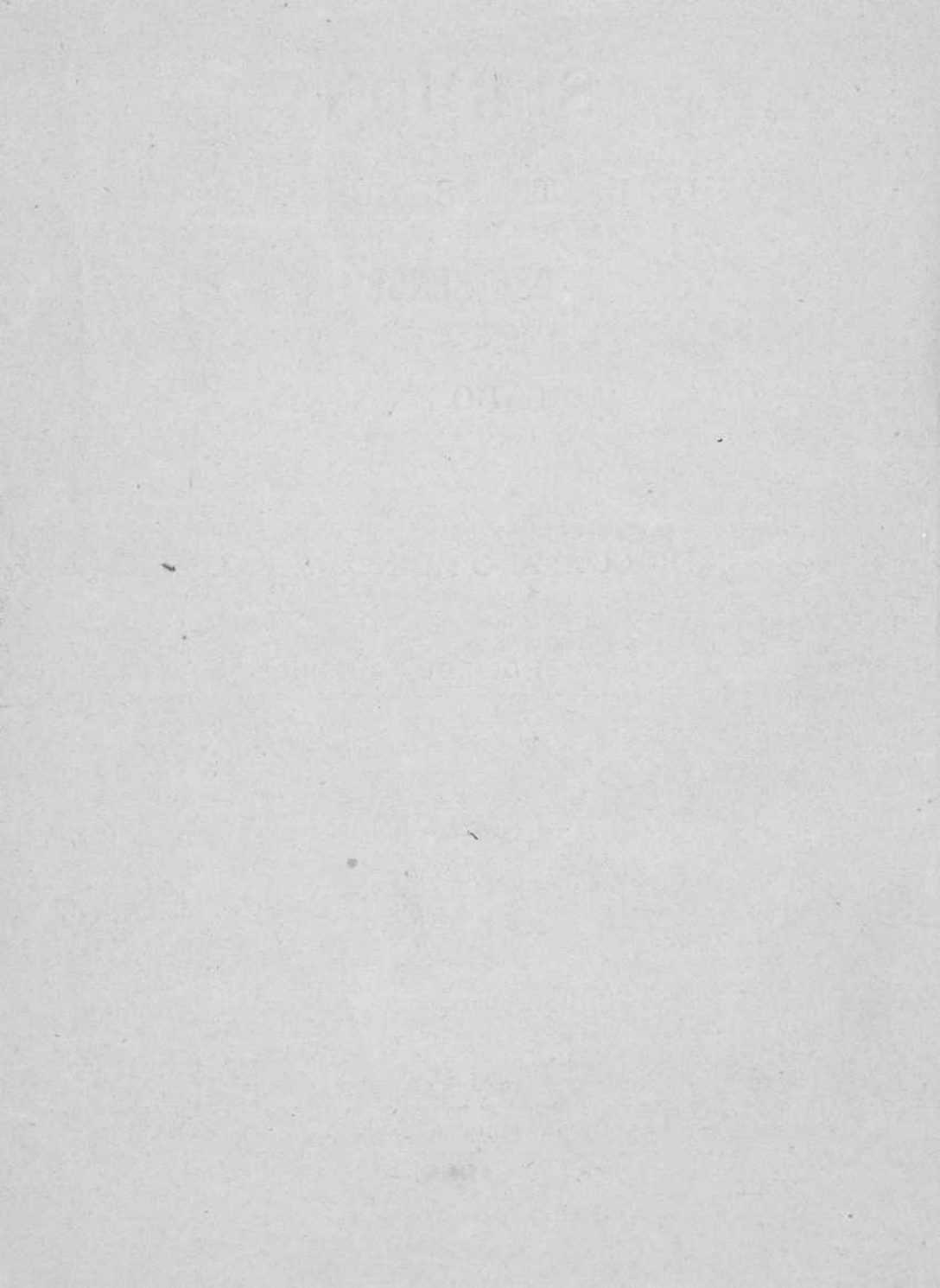


SORIA

—
Imprenta de Rioja

—1888.—





SERMON DE LA TRANSFIGURACION
PREDICADO EN SORIA
A LA
COFRADIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.



Bonum est nos hic esse: faciamus hic tria tabernacula.
MATH, CAP. XVII.

Soberano Señor Sacramentado: Católico é ilustre auditorio:

Acercábanse los dias de los eternos destinos, en que el Hijo de Dios habia de consumir, espirando en un infame patíbulo, la obra sublime de la redencion de nuestro linaje. Aquella vida de humillaciones y penalidades que comienza en las angosturas y la pobreza del pesebre de Belén, iba á terminar entre dolores horribles y entre los insultos y desprecios de un pueblo bárbaro y ciego, embriagado por el odio y por la mas negra de las ingratitudes. Jesucristo habia probado su mision y su divinidad con los esplendores de su doctrina sublime y de sus milagros estupendos; mas conocía á fondo la debilidad humana, leía en el alma de aquellos sinceros y entusiastas discípulos, y veía entre ellos uno que le habia de vender, otro que le negaría, y á todos que cobardes habian de abandonarle en el momento del peligro. Para confirmarles pues en la fe por medio de una impresion capaz de resistir á las ignorancias del Calvario, quiso, antes de someterse á ellas, levantar á los ojos de algunos de sus discípulos, una punta no mas del velo que ocultaba su grandeza y magestad, y así lo realizó sobre la cumbre del Tabor con el maravilloso suceso que conmemora la Iglesia en este dia.

Con aquella concision admirable que arrancaba aplausos de entusiasmo al incrédulo Rousseau, nos refiere el Evangelio la grandiosa escena de la transfiguracion de Jesucristo. «Tomó Jesus,—dice el sagrado texto,—á Pedro, á Santiago y su hermano Juan, y los llevó á un monte muy alto, y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Y aparecieron Moisés y Elías que hablaban con él... Y he aquí

que una nube esplendida los rodeó, y de la nube salió una voz que decia: *Este es mi hijo amado en quien me he complacido: á él oid.* Y al oírlo los discípulos cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor, y llegóse Jesús, y tocándoles les dijo: *Levantáos y no temáis.* Y levantando los ojos, á nadie vieron ya sino sólo á Jesús. (1)

En tan breves líneas, y con tan sencillas expresiones está condensado uno de los acontecimientos mas solemnes de la ley nueva y de los mas fecundos en saludables enseñanzas. La transfiguracion del Salvador fué una revelacion de su divinidad y de su gloria; fué un prenuncio de nuestra propia glorificacion futura; fué el testimonio solemne con que el Padre eterno confirmó la mision de su divino Hijo.

Perseguíanle los fariseos y doctores de la Ley como blasfemo y conculcador de los preceptos divinos, y Dios le envia á Moisés y Elías que asistiéndole, dén testimonio de su santidad; montejábanle los envidiosos llamándole con desdén *el hijo del carpintero*, y la voz del mismo Dios resuena enérgica y vibrante proclamándole Hijo suyo. ¿Puede concebirse testimonio mas fehaciente ni triunfo mas esplendido?

En la imposibilidad de encerrar en un discurso las grandezas y las enseñanzas atesoradas en la transfiguracion del Señor, voy á fijarme tan solo en dos circunstancias que notan los evangelistas, y de las cuales resulta un elocuente contraste, rico en consideraciones de altísima importancia para el arreglo de nuestras costumbres. Tales son los distintos pensamientos que durante la transfiguracion del Salvador, cruzaban respectivamente por el alma del Divino Maestro y por la de sus discípulos. Hacen notar los Evangelistas que Jesús hablaba con Moisés y Elías acerca del *exceso*, de la locura de amor que habia de consumar en Jerusalén *muriendo por los hombres: de excessu quem completurus erat in Jerusalem* ¡Cuán otros eran, en cambio, los pensamientos de los discípulos! Embelesado San Pedro con los resplandores de gloria y el triunfo de su Maestro, esclama lleno de asombro: *Señor, bien será quedarnos aquí: hagamos aquí tres tiendas: Domine bonum est nos hic esse: facianus hic tria tabernacula.* Jesús, en medio de su triunfo y de su gloria, se complace en saborear los amargores del cáliz de su pasion: San Pedro, á penas ha gustado el placer, busca los medios de prolongarlo. ¡Contraste verdaderamente sublime, en que se manifiesta el muy diverso concepto que Dios y los hombres tienen de lo que en la tierra consideramos alegrías y dolores! Contraste en el cual se encierra todo el problema de la felicidad humana. Tal es el punto que voy á exponer á vuestra consideracion este dia.

Antes, sin embargo, necesito apelar á vuestra indulgencia. Especiales circunstancias me obligan á suplicárosela tambien con especial encarecimiento. Al honrarme con el encargo de dirigiros la palabra la ilustre Cofradia que ha organizado estos solemnes cultos, espera-

(1) Math. XVII.

ba de mi sin duda mucho mas de lo que yo puedo daros. Consagrado toda mi vida á las ocupaciones del estudio, la cátedra y la redaccion, no tengo el hábito de la oratoria que he ejercitado solo escasísimas veces, y nunca ante tan ilustrado auditorio. Militan tambien en contra mia, por lo que pudieran contribuir á que esperéis de mi mas, los gloriosos precedentes que el hábito agustiniano con que me honro, tuvo algun tiempo en esta Ciudad, en cuyo Convento de San Agustin vivieron sábios y oradores de la talla del autor de la *Instrucion de Sacerdotes*, P. Molina; de nuestro paisano el sapientísimo teólogo y poeta P. Bernardino Rodriguez, del apostólico varon el Bto. Alonso de Orozco, creador de la literatura mística española, y de aquel gigante de nuestras letras, legítimo orgullo de la Orden Agustiniana, creador de nuestra literatura científica, principe de los poetas españoles, el divino cantor de la *Ascension* y de la *Noche serena*, el inmortal Fr. Luis de Leon. Mas si todo esto tengo en contra mia, tengo en mi favor vuestra proverbial y nunca desmentida hidalguia y generosidad, y la circunstancia de hallarme, permitidme la expresion y disimulad lo vulgar en gracia de lo espresiva, la circunstancia, digo, de hallarme *entre los míos*, entre mis queridos paisanos, que sienten como yo siento, y estarán mas dispuestos á pecar de indulgentes que de rigurosos. En esta confianza voy á desenvolver de la mejor manera que pueda el punto propuesto, después de invocar el auxilio de María Santísima, la dispensadora de todas las gracias, á quien os ruego me ayudeis á implorar con la salutacion angélica. AVE MARIA:

Duxit illos in montem excelsum etc.

Soberano Señor Sacramentado: Cristiano auditorio:

Mal que pese al materialismo sin entrañas que inpera en las corrientes teorías filosóficas, y á ese naturalismo brutal que es su reflejo en las escuelas literarias, hay en el corazon humano algo mas que músculos y fibras, válvulas y ventrículos, sangre y movimiento; más, mucho mas de lo que puede estudiar la fisiología y analizar el escalpelo. Símbolo de todas las grandezas y de todas las pequenezes humanas, que produce los héroes y produce los malvados; campo de batalla donde luchan encontrados sentimientos, donde la esperanza se sucede al temor con rapidez asombrosa, y al éxtasis de alegría la desesperacion más horrible; donde ora sonrién ensueños halagadores, ora se amontonan las nubes y se palpan las tinieblas, y que tiene como el aire luz, aromas y colores, y como el mar huracanes y borrascas; este conjunto sublime de contradicciones es viva protesta contra las que presumen negar la existencia del misterio. Mas todas estas contradicciones, con serlo y todo, confluyen y se armonizan en un centro común, en una inclinacion grande y potente que informa to

dos los sentimientos parciales y del que todos son, las buenas inspiraciones, y los malos extravíos. Esta inclinacion es el amor del bien, el amor de la felicidad. Todas nuestras acciones, todos nuestros afectos, aun los más antitéticos, obedecen á este supremo resorte; lo mismo al llorar que al reir; al esperar que al temer; siempre buscamos el bien y la felicidad; hasta el desgraciado que atenta contra su vida busca en el cañon de su pistola lo que considera un bien: librarse de una vida que se le hace pesada y enojosa. Esta cualidad, que considerada como simple inclinacion instintiva y sensible, nos es común con las béstias, reviste en el hombre caracteres esencialmente diversos que la elevan á la categoría de sentimiento. La bestia solo busca instintiva y ciegamente, la satisfaccion de sus necesidades inmediatas y puramente fisiológicas: el hombre siente, aun en estas mismas necesidades, estímulos mas altos, y aun estando satisfechas por el presente, le acongoja el pensamiento de lo porvenir y le preocupa la suerte de los pedazos del alma que considera como prolongacion de su ser. Siente además otro género de necesidades puramente psicológicas: necesidad de saber, necesidad de amar. Con la primera investiga el objeto, las propiedades y hasta la esencia misma de los seres que le rodean; combina los elementos é inventa artefactos y descubre leyes, y se siente con alientos para seguir á los astros en su vertiginosa carrera y arrancarles sus secretos. Podrá ver defraudadas sus esperanzas, podrá caer como Titán desde el cielo que pretendió escalar; pero le queda la gloria de que es en la tierra el único ser capaz de intentar tamaña empresa. Por la tendencia al amor busca amigos en quienes desahogar su alma, anhela en la compañera de su vida algo más que la satisfaccion del brutal estímulo del deseo, y cuando implora consuelo en sus aflicciones, agradece mas la lágrima de compasion del que no puede socorrerle, que el socorro de quien al socorrerle le humilla. La necesidad de saber y la necesidad de amar ennoblecen sobremanera su naturaleza: de la primera nacen los sábios, de la segunda los héroes.

A la luz de la filosofía cristiana adquieren más subidos quilates estas excelencias del hombre, sublimadas por el carácter sobrenatural. El hombre no se limita á investigar lo que ve en el mundo: tiende la vista mucho mas allá de su muerte, y se pregunta: ¿hay algo mas allá del sepulcro? Y la idea de morir le aterra, y no se resigna á la triste creencia de que disuelto su cuerpo, aquella inteligencia ha de apagarse, y aquel corazon no ha de volver á amar á los seres queridos. Siente el anhelo, la necesidad de sobrevivir á su muerte, y el pensamiento de su inmortalidad se le impone de tal modo, que solo por estupidez en el salvaje, ó por el ódio á una Religion hermosa en el hombre civilizado, se concibe que exista quien se resigne al aniquilamiento absoluto. Junto con el sentimiento de su sér halla tambien la necesidad de la existencia de otro Sér mas alto, á quien es deudor de cuanto es y cuanto goza, y á quien en consecuencia, debe

amor y veneracion. Y de estas dos convicciones, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, que existen arraigadísimas, en una ú otra forma, á lo menos de un modo instintivo y espontáneo en el corazon de los mismos que con los lábios las niegan, nace esa otra série de vagas necesidades de un no sé qué, que todos sentimos, y á las cuales se deben esas ráfagas luminosas de algo muy grande y muy bello que cruzan por nuestra mente y que no podemos concretar en palabras; esas ánsias de algo que desconocemos y no encontramos jamás; ese vacío que hallamos siempre aun despues de haber llegado al colmo de nuestras aspiraciones; anhelos misteriosos sin número y sin nombre que nos agitan, que nos empujan á un mas allá, cuyo horizonte se aleja siempre mas, cuanto mas nos acercamos.

Pero al lado de estas grandezas que de consuno reconocemos en nosotros á luz de la filosofía y de la Religion, vemos tambien debilidades y miserias, que contribuyen á aumentar los misterios insondables del humano corazon. Si es indudable, como lo es, que en todas nuestras acciones buscamos la felicidad, que ella es la clave y el resorte de todos nuestros afectos ¿cómo se comprende entonces que nó la consigamos? ¿Nó es cierto tambien que hay en el mundo muchos mas desgraciados que dichosos? ¿Nó es verdad que nó existe un hombre tan feliz que se tenga por tal de todo punto y nada le quede por desear? ¿Qué es esto, señores? ¿Cómo se explica éste misterio? La filosofía señores, no tiene explicacion, y entre las religiones solo lo explica la Religion católica. Con profundo pensamiento y mucha verdad ha dicho un sábio: el pecado original es un misterio; pero sin él seria mayor misterio la vida humana. El monstruoso desequilibrio entre la parte racional y la sensible; la lucha constante del hombre-bruto y el hombre-ángel, ese dualismo desconsolador de que nos dá testimonio nuestra conciencia, y por el cual sentimos en nosotros mismos enorme resistencia al tratar de realizar bellísimos ideales por nosotros mismos concebidos, no tiene explicacion posible si no se supone una caida, una degeneracion en la que á costa de la parte noble y racional ha adquirido preponderancia las mas baja y sensitiva.

Pues bien: una de las consecuencias de esta caida y de esta degeneracion, ha sido el falseamiento de las ideas de la felicidad y del dolor, ó si no el falseamiento absoluto en la mente, á lo menos su confusion casi constante y sistemática en la práctica de la vida. Como sello y testimonio de nuestro nobilísimo origen y de nuestro feliz estado primitivo, quedó en nuestra alma la inclinacion hácia la felicidad y el bien, cuyos encantos realza hoy á nuestros ojos esa vaga é indefinible nostalgia del bien perdido. Pero esa misma vaguedad é indecision con que á nuestros ojos se ofrece la idea del bien y de la felicidad, es causa de que al tratar de concretarla en un objeto determinado, el predominio de la parte sensible sobre la racional nos incline á considerar únicamente como bueno lo que halaga los sentidos, y como malo lo que los mortifica. De aquí el afan con que buscamos los goces

materiales; la resistencia y el dolor que sentimos al tener que abandonarlos; de aquí esa sed insaciable de placeres, de riquezas y de honores; ese eterno bullir de las pasiones que hierven en nuestro corazón, y en las cuales, creyendo encontrar la dicha, no hallamos sino amargos desengaños.

¡Ah, Señores!... cuando leo en el Evangelio aquella expresión con que San Pedro, embriagado de placer ante el grandioso espectáculo de la Transfiguración de Jesucristo, exclamaba *¡Bonum est nos hic esse! Faciamus hic tria tabernacula.* «Señor, bien será quedarnos aquí: hagamos aquí tres tiendas,» la voz del candoroso apóstol me parece el grito de la humanidad ansiosa de gozar y de prolongar sus goces. ¿Quién, Señores, no ha abrigado, quién no abriga toda su vida alguna de esas hermosas ilusiones de color de rosa en que cifra toda su felicidad? ¿Quién no ha fantaseado un Tabor donde levantar también una tienda, para gozar á sabor encantadoras delicias? Al hombre más desgraciado de la tierra ¿hay quién le pueda impedir esperar un porvenir más risueño, y soñar cuando menos la ventura de que no puede gozar? Hierve el amor en el corazón del joven, y se finje en la persona amada una hada de amabilidad y dulzura, y sueña en un paraíso, en una arcadía llena de poesía, donde vivirá feliz como las aves del bosque, y exclama: ¡Oh! entonces seré dichoso: entonces ya no desearé más, por que se habrán cumplido todas las aspiraciones de mi vida. Aquel otro que se siente con alientos para algo grande, que ambiciona oír su nombre pronunciado con aplauso en los confines del orbe, el literato, el poeta, el hombre científico, el militar, el conquistador, el vástago de sangre real, todos colocan su Tabor en la gloria y el brillo de su nombre, todos creen que serán felices en consiguiéndolo, todos piensan que entonces levantarán una tienda, y exclamarán como San Pedro: *Bien será quedarnos aquí: «Bonum est nos hic esse.»* Preguntad al sórdido avaro que con el pie en el sepulcro se afana por amontonar doblones: también ese sueña un Tabor, siquiera más rastrero y prosáico, donde levantar una tienda y decir: *Bonum est nos hic esse,* gozando al fin de las riquezas con tantos afanes amontonadas.

Pero el Evangelio, al transcribir la expresión del Príncipe de los Apóstoles, añade que cuando hablaba así no sabía lo que decía: *non enim sciebat quis diceret.* Pues bien, señores, estos soñadores de que acabo de hablar, y todos los soñadores del mundo, que somos todos los hombres de la tierra, también en esto nos parecemos á San Pedro. ¡Qué tristemente lo demuestra la experiencia de todos los días! ¡Cuántas ilusiones han desvanecido la muerte ó las veleidades de la fortuna; cuántas tiendas ha arrebatado el huracán apenas levantadas; cuántos corazones ha dejado chorreando sangre la huida de una esperanza! Aun dado que el joven alcance el objeto de su amor, aquel Tabor hermosísimo que había soñado, ¿cuánto dura? ¿Tiene la realidad los mismos encantos que el sueño? A los primeros arrebatos de la

pasion suceden las prosáicas realidades de la vida; la fascinacion se va desvaneciendo; la necesidad de soñar le obliga á pensar en otro Tabor de diverso género y ¡cuántas veces la satisfaccion engendra el hastío, y brota de éste como de un nido de serpientes, la desesperacion! ¿Quizás sucede otra cosa con el ambicioso ni con el avaro? No, señores, no: cuando han llegado á la meta en que pensaron levantar la tienda para gozar de su triunfo ó sus riquezas, la consecucion de su objeto le hace desmerecer á sus ojos, y el ambicioso sueña con nuevos honores, y el avariento con nuevos tescros. No penséis que se mitigará esa fiebre, no: soñando han vivido, y solo la muerte cortará el hilo de sus proyectos y de sus esperanzas.

¿Pensais acaso que hay algo de exageracion en este cuadro? Penetrad un poco en el interior de vuestra conciencia. ¿No es cierto que la tumba de un deseo, de una esperanza, sirve por lo comun de cuna á otra esperanza y á otro deseo? Sin llegar al extremo que en el ambicioso y en el avaro, ¿no es verdad que en el hombre mas morigerado hay siempre un vacío que llenar? ¿Conocéis á algun hombre tan satisfecho que nada desee? Mas digo: ¿tenéis noticia de uno solo que no haya bajado al sepulcro con algun problema por resolver, alguna esperanza por realizar? ¡Ah Señores!... verdaderamente no sabe lo que se hace, como el apóstol San Pedro, quien se finge un Tabor en esta vida y espera clavar en él sus tiendas: no sabe lo que se dice quien espera encontrar la felicidad completa en este valle de lágrimas.

Hubo un hombre, un sábio, un Rey, Salomon, que gozó todo lo que hay que gozar en la vida, que se engolfó sin tasa ni medida en delicias y placeres, y al tender luego la vista sobre su vida pasada, nos dejó consignada en el libro de sus desengaños en el *Eclesiastés*, aquella severa, pero exactísima fórmula de las dichas de este mundo: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Hubo otro hombre, un sábio, un génio, cuyo vigoroso pensamiento fue mas tarde el verbo y el alma de la ciencia y de la civilizacion católica, mi gran padre San Agustin, que durante su borrascosa juventud se entregó á los placeres con todo el entusiasmo de su alma de poeta y todo el ardor de su sangre africana, y las ánsias, las angustias y los desencantos y los hastíos y las desesperaciones que desgarraron su alma, escritos están con lágrimas de sangre en ese admirable libro, en ese sublime poema que conocen todos los hombres de buen gusto, y que se llama las *Confesiones* de San Agustin.

Objeto que nos fascina y atrae, la dicha de los sentidos es un fuego fátuo que al acercarnos se disipa, es fugaz mariposa que nos deslumbra con sus colores, pero que al oprimirla en las manos tras penosa persecucion, solo encontramos un poco de polvo donde se revuelve un insecto nauseabundo.

Y bien, señores, ¿acaso está el hombre condenado á vivir entre

dolores y afanes? ¿Es Dios algun tirano que se complace en atormentarle, dándole esa irresistible tendencia á la felicidad y negándole despues la posibilidad de conseguirla? Lejos de nosotros ese pensamiento blasfemo. Tambien esto tiene su explicacion en la filosofía cristiana, y solo en ella. Ese sábio y ese génio de que os acabo de hablar con aquel génio poderoso con que creó la filosofía de la historia, la estética, la cosmogonía y la biología y derramó á torrentes la luz sobre todos los problemas que agitan á la humanidad el gran San Agustin, nos dió tambien la clave de este misterio en una de aquellas frases concisas, luminosas y fecundas que le eran peculiares y en que solia condensar el pensamiento generador de toda una teoria y aun de toda una ciencia; en una frase que es todo un tratado de altísima psicología y una revelacion de los misterios del corazon humano: *Peccisti nos ad Te, Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te*: «Hicistenos, Señor, para tí, y nuestro corazon está inquieto hasta que descansa en tí.» Esa, Señores, es la clave: esa es toda la explicacion de la vida humana. Dios nos crió para elevarnos hasta Él, que es el centro del bien y de la felicidad, y ese sentimiento insaciable que sentimos no es otra cosa que restos del primer impulso recibido para buscar á Dios. A Dios instintivamente buscamos en todas nuestras acciones y en todos nuestros deseos; pero engañados por la belleza de las criaturas, reflejos de la belleza de Dios, nos dejamos fascinar por sus encantos y tomamos por el original lo que no es sino pálida cópia. Peregrinos somos que viajamos por este desierto entre espinas y abrojos hácia nuestra patria que es el cielo, y engañados nos detenemos á aspirar el aroma de todas las flores que hallamos en el camino, sin advertir que con eso no hacemos sino atrasar la llegada y clavamos nuestras tiendas, como San Pedro, en cada óasis que encontramos, tomando lo que es solo punto de descanso por la patria verdadera. Y acaece que nacidos para gozar de infinito bien, del mismo Dios, todos los bienes de la tierra juntos no pueden saciar nuestra alma, que es mas grande y mas sublime que el mundo entero.

No, Señores: ni los hombres, ni las sociedades, ni las civilizaciones pueden encontrar felicidad y sosiego si no los buscan donde verdaderamente están: en Dios, que es la fuente del bien, de la verdad y de la belleza. ¿Por qué nuestro siglo, que es el siglo de las grandes concepciones y de los grandes progresos en el orden intelectual y en las ciencias naturales, es tambien el de las amargas dudas, el de las tristes negaciones, el de los pavorosos problemas en el órden moral, social y religioso? Porque el hombre enorgullecido se ha creído bastar así solo y ha querido ¡insensato! arrojar de su trono á Dios. Pero el mal cunde, la inquietud aumenta de dia en dia, los problemas surgen y se amontonan como las nubes en dia de tempestad, se oye cercano el estampido del trueno y el rayo amenaza caer sobre nuestras cabezas. Los bárbaros están dentro de Roma, y el socialismo, na-

cido al calor de las modernas teorías, amenaza desquiciarse al mundo. El hecho no puede negarse, y la explicación cristiana se impone por sí misma. Una filosofía raquítica y nebulosa que á falta de sólidos principios se alimenta de palabras sin sentido, está encargada de explicar el hecho con el triste recurso de decir que vivimos en una época de transición hácia un porvenir de oro y rosa.... un porvenir facilísimo de pronosticar sin graves compromisos, y que nos da por único consuelo de los males presentes la seguridad de que nosotros no le hemos de alcanzar. Pero ni hay época alguna en la historia que no sea de transición, ya que los sucesos humanos se enlazan y empujan como las aguas de un río bajo la acción de la providencia, ni el fantaseado porvenir dejará de ser á su vez transición hacia otro mas venturoso ó mas desdichado. ¡Filosofías rastreras que no tenéis ojos para mirar al cielo, y reducís al hombre á este puñado de tierra; no es esa la explicación del enigma: eso no es explicarlo, es solo aplazarlo indefinidamente! La humanidad no puede vivir de ilusiones y fantasías mas ó menos ingeniosas: dad una solución para los males presentes y no habléis de un porvenir que no llegará jamás: cuando hayáis consolado á una sola madre que lllore perdido al hijo de sus entrañas, entonces podéis hablar.

Pero ¿cuál es, diréis, la solución de la doctrina católica para los males presentes? ¿No es quizá también la promesa de un porvenir? Ciertamente; mas de un porvenir de que todos, absolutamente todos podemos gozar: no de ese porvenir que trata de consolar los propios males con soñadas felicidades de nuestros descendientes, felicidades que no harán que nosotros hayamos dejado de ser infelices. Pero además como ha dicho un sábio poco sospechoso, la religión católica que parece cifrar toda la felicidad exclusivamente en la vida futura, constituye también la felicidad en la presente. Y por una sublime paradoja que la filosofía mundana no comprende, la felicidad de esta vida está precisamente en lo contrario de lo que parece á nuestros ojos: en el desprecio de las delicias terrenas y en seguir á Cristo por el camino de la cruz.

Observad, Señores, la profunda lección que en el misterio de su Transfiguración gloriosa nos ofrece nuestro divino Maestro. El que habia de tomar por testigos de las afrentas y de las ignominias del Calvario á todos los habitantes de Jerusalén y su comarca, escogió para testigos de su Transfiguración á solo tres de sus discípulos á quienes además recomienda el silencio. En medio de los esplendores de su gloria, cuando Moisés y Elías le asisten, y su Eterno Padre testifica solemnemente en su favor, y aparece á los ojos de sus discípulos con toda la majestad y grandeza con que los Profetas le pintaron, con que le vió mas tarde el Evangelista de Patmos en sus visiones apocalípticas.... ¡entonces Jesús habla de su pasión y su muerte en Jerusalén! ¿Qué significa esto, qué significa la vida entera de Jesu-



cristo, sino que á sus ojos tenian mas valor los dolores que las alegrías? ¿Qué significa sino que sus discípulos debemos considerar como dicha lo que el mundo llama desgracia, y como desgracia lo que el mundo llama dicha? ¡Tristes alegrías las que nos separan de Dios y dejan nuestro corazon desgarrado! ¡Bendito el dolor que purifica las lágrimas que lavan! ¡Bendito el llanto que brotando de los ojos alivia el corazon con la esperanza! ¡Ah Señores! Sólo en el cristianismo se conoce la hermosura del dolor! ¡Sólo él le ha hecho el manantial de la dicha, él que le ha divinizado en Jesucristo, que le ha puesto en los altares idealizado en la madre de todos los Dolores, en María Santísima! Altísima y sublime filosofía, encarnacion del pensamiento de Jesucristo, que tuvo el valor de arrojar á la cara del sensualismo pagano aquella máxima sublimemente absurda en que se condensa la locura de la cruz: *Bienaventurados los que lloran!*

¡Almas atormentadas por el dolor y las humillaciones, madres que llorais la ausencia de las prendas queridas que os arrebató la muerte, huérfanos que no encontráis quien enjugue vuestras lágrimas, tened confianza, esperad en el Dios de las misericodias, sufrid con resignacion y paciencia, y cada lágrima vuestra se trocará en una perla que esmaltará vuestra corona inmortal! ¡Hay de aquellos en cambio que no hayan experimentado mas que satisfacciones mundanas, que engolfados en las delicias cifran su bienestar en la tierra, ¡ay de aquellos corazones de bronce que nunca hayan derramado una lágrima, porque no es posible gozar dos paraísos, porque al Tabor solamente se va por el Calvario!

Oiréis, Señores, decir, que esta doctrina es contraria al adelantamiento de la humanidad. Considerando á la vida como lugar de destierro, os dirán, el hombre que solo aspira á la felicidad en la otra, renuncia sin gran esfuerzo á la de acá, y abismado completamente en contemplaciones místicas, desprecia los adelantos materiales, de donde se seguiria la muerte de todo progreso. Desmentid, rotundamente tan absurda consecuencia. Dios ha impuesto al hombre desde la creacion la ley del trabajo, que es inseparable de la ley del progreso. Es inexacto que el trabajo sea un castigo de la primera culpa; el castigo es la fatiga aneja á ese trabajo y la necesidad de vivir de él; pero el trabajo, entendiendo por él la actividad, el ejercicio y el perfeccionamiento de nuestras facultades, lo mismo de las morales que de las intelectuales y de las físicas, es una virtud y una ley inherente á la misma naturaleza humana. La ley del progreso en la historia es una manifestacion parcial de la ley de la Providencia, que guia al hombre hácia la verdad y el bien: el hombre tiene obligacion de contribuir á la realizacion de esa ley providencial, y la inaccion absoluta es un crimen. Debe, pues, progresar en el orden moral; debe progresar en el orden intelectual; debe progresar en el orden físico; debe ayudar al progreso en todos los órdenes. Si tiene derecho á renunciar

á las comodidades materiales justas, tiene á la vez la obligacion de no escatimárselas á los demás. Y ved, Señores, como se armoniza todo, y ved como es falso, absolutamente falso que la doctrina católica, á quien debe nuestro siglo la brillante civilizacion que hoy quiere volver contra ella, haya opuesto la mas insignificante traba al verdadero progreso de la humanidad. Nadie, Señores, por creer y practicar la doctrina católica ha dejado de resolver una nebulosa, descubrir una nueva ley de electricidad ó un nuevo planeta en la bóveda celéste. Armónicamente pueden vivir la religion y el legítimo progreso, y pueden vibrar al unísono el clamor de la campana y el silbido de la locomotora.

Otros os dirán que la vida ajustada á estas enseñanzas católicas es vida melancólica y triste, que acaba por enervar la energia de los corazones bien templados. Pero aquí se padece una lamentable confusion de términos; por que no es verdadera alegría el tumulto de las pasiones ni las forzadas risas del vicio y del desórden. La alegría es algo mas puro y etéreo, que reside en el corazon y se manifiesta en las acciones sin degradar al hombre. ¿Pensáis que está más alegre quien hace mas locas y ostentosas manifestaciones de júbilo? Las alegrías mas intensas son las que se reconcentran dentro del alma, á saborear á solas, sin obstáculos exteriores, el objeto que las motiva. Hay risas en los lábios que solo sirven para disimular la hiel del corazon. El dolor cristiano es manantial de esperanzas y consuelos inefables, y lejos de enervar las almas, es el yunque donde se forjan los héroes como San Francisco Javier, como Santa Teresa de Jesus, como Cristóbal Colón, como Felipe II, como Fr. Luis de León. Hay, fuera de eso, satisfacciones inocentes que el catolicismo otorga á manos llenas, y que son manantiales de goces incomparables: la tranquilidad de la conciencia, la paz del hogar cristiano, las dulces satisfacciones de la familia, tantos y tantos placeres puros y nobles, menos tumultuosos, pero mas sólidos que los placeres mundanos.

Para terminar, Señores: ¿queréis saber donde encuentra el cristiano una fuente inagotable de consuelos, de placeres puros, un verdadero Tabor, un paraíso verdadero en la tierra? Volved los ojos y mirad á ese tabernáculo: ahí está el secreto de la felicidad del cristiano. Es una nueva transfiguracion de Jesucristo, donde el divino Redentor, en lugar de ostentarse, como en el Tabor, en todo el brillo y majestad de la gloria que deslumbra; por el contrario se achica y se empequeñece hasta reducirse á las apariencias de nuestro alimento ordinario, para inspirarnos confianza, para que nos acerquemos á él sin temor, para unirse mas estrechamente con nosotros y satisfacer aquel fuego de amor que le abrasaba y le obligaba á decir por boca de la Sábida: *Deliciae meae esse cum filiis hominum*: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.» Amor inefable que le obliga á agotar en favor nuestro los tesoros infinitos de su poder, de su riqueza y de su

sabiduría, en frase de mi gran Padre San Agustin. Ahí está, aprisionado por el amor en las especies sacramentales, con el pecho abierto y los brazos extendidos para estrecharnos contra su divino corazon, para escuchar nuestras oraciones, remediar nuestras necesidades y enjugar nuestras lágrimas. Acudid á él todos los afligidos, que es el mismo que decia: Venid á mí todos los que estais cargados del peso de las tribulaciones, que yo os aliviare: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.* ¿Qué puede negarnos el que se nos ha dado á sí mismo, el que se ha hecho nuestro hermano, nuestro prisionero? ¿Cómo hay entre los cristianos un solo desgraciado, Señores, teniendo tan á mano el remedio de nuestros males y el consuelo de nuestros infortunios? ¡Ah! si tenemos fè, si tenemos un poco de amor hácia quien tanto nos ama, todas nuestras penas se trocarán en alegrías, todas nuestras desventuras en felicidades!

Veo con inmenso placer que así lo cree el generoso pueblo soriano; veo que ama al Sacramento adorable, al presenciar los solemnes cultos que le consagra anualmente, por iniciativa de la ilustre Cofradía de esta Ciudad. En los años de mi infancia presencié estos cultos solemnísimos, y hoy al volver á esta tierra para mi tau querida, que guarda los restos de mis abuelos, mi corazon se dilata de alegría al ver que no se ha menoscabado la fè ni la piedad de los sorianos, y sí me enorgullezco de que por mis venas corra la sangre de los héroes de Numancia y de Calatañazor, me enorgullezco mas de que la Numancia cristiana, la generosa patria de San Saturio, siga siendo devota de Jesus Sacramentado.

Yo doy con todo mi corazon millares de enhorabuenas á la ilustre Cofradía que costea estas fiestas, mostrándose digna heredera de tantos buenos sorianos como á ella han pertenecido, y merecedora de las gracias espirituales con que la han enriquecido los Pontífices. Yo ruego al católico pueblo soriano, al que me enorgullezco de pertenecer, y que con tan noble entusiasmo se asocia á los cultos de la Cofradía del Santísimo Sacramento, que no olvide jamás las cristianas tradiciones heredadas de sus padres, de aquella generacion de caballeros que lidiaban por su fè en Alarcos y en Las Navas, de ese pueblo siempre cristiano y siempre generoso; que siga como hasta aquí amando á Jesus Sacramentado, que bendecirá y hará prósperos á los individuos y á las sociedades que le adoran.

Soberano Señor Sacramentado, dulcísimo Jesus, preso por el amor en el tabernáculo, escucha las oraciones de este católico pueblo que con tanto esplendor venera tu Sacramento adorable en el dia de tu gloriosa Transfiguracion. Transfiguracion es tambien la que realizas en el Augusto Sacramento del Altar, y transfiguracion mas gloriosa que la del Tabor, porque en esta atraes á tus pies los corazones de los hombres en quienes deseas morar. A tus pies tienes rendido con

el suave yugo de tu amor á aquel mismo pueblo indomable que no pudo domeñar todo el poder y la fuerza del Imperio romano. Acoge benigno sus humildes súplicas, dale tu fecunda bendición, haz que en tu amor persevere, y que por tí alcance la prosperidad y la dicha de que es tan digno. Bendice, si, á esta heroica Ciudad y á este pueblo cristiano, bendice á la piadosa Cofradía que tan espléndidamente te venera, bendice á todos estos corazones que tienes á tus pies, y que tu bendición les otorgue la felicidad en la vida y la eterna corona que prometiste á los que te aman.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ
Agustiniano.





